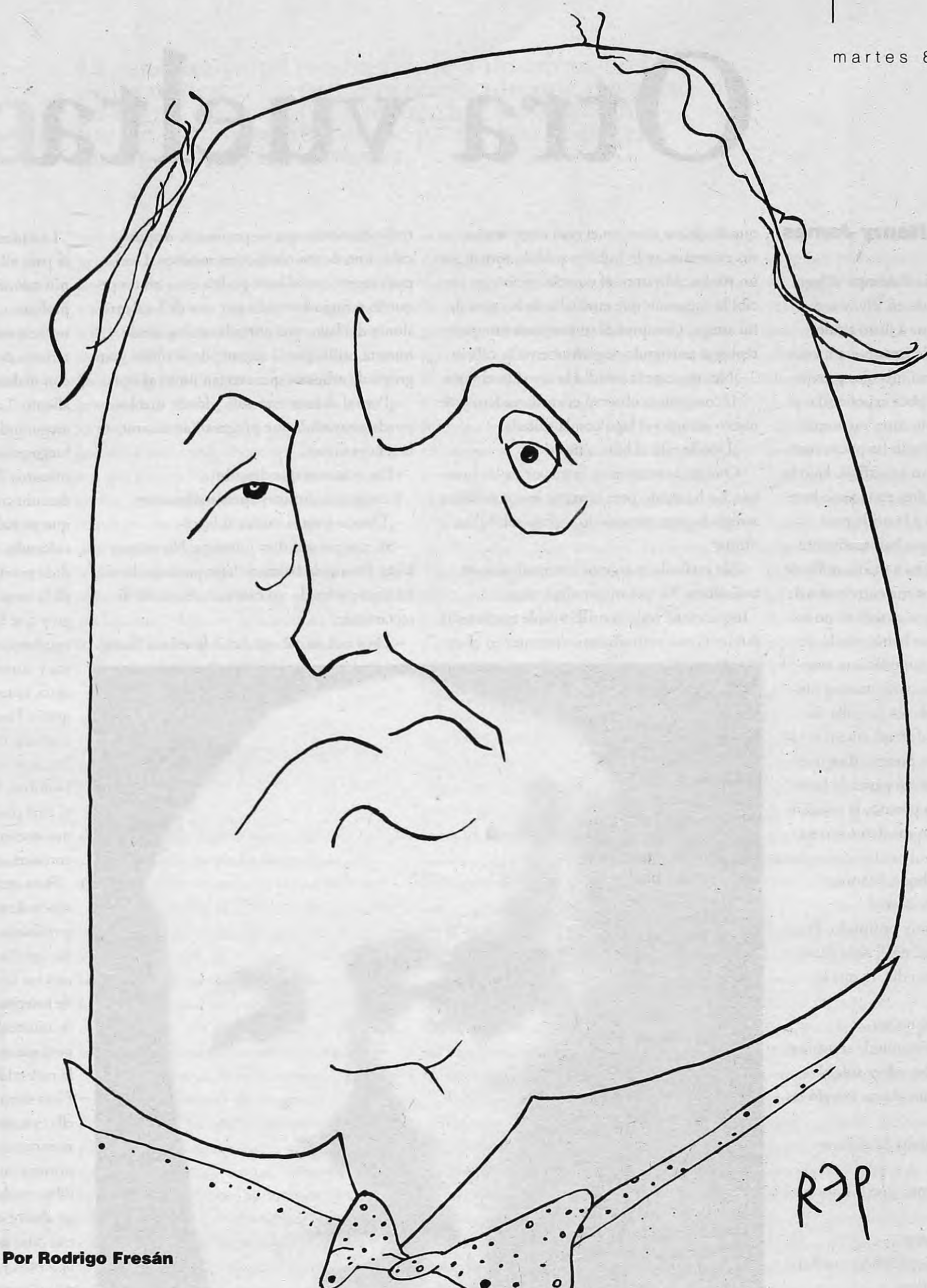
La vida privada de los fantasmas



Por Rodrigo Fresán

¿Habrá algo más difícil que escribir un fantasma?

En cualquier caso, el norteamericano de nacimiento y europeo de vocación Henry James no sólo revolucionó la literatura de espectros sino que, además, inauguró la idea del escritor como aparecido e invocador de lo ficticio con los mismos modales con que se invoca a la materia ectoplasmática de una buena historia para hacerla carne y papel y sangre y tinta.

Así, en "La vida privada" el escritor es el fantasma de sí mismo, en "Maud–Evelyn" se termina creyendo en un fantasma que no existe y en *Los papeles de Aspern* el fantasma es, nada más y nada menos, el libro hipotéticamente vivo y desconocido de un autor muerto e ilustre.

Otra vuelta de tuerca, publicado entre enero y abril de 1988 en la revista *Collier's*, es probablemente el fantasma más célebre de Henry James y –por más que el autor lo considerara "una pieza de ingenio puro y simple", una "trampa para incautos", una "irresponsable ficción menor" marcada por el "frío cálculo y desvergonzado cálculo artístico"– no sólo devolvió la fama que lo rehuía desde *Daisy Miller* sino que inauguró la posibilidad del terror psicológico a partir de la manipulación de *clichés* de la ficción gótica de entonces: un narrador ordenando la historia junto al fuego en una noche de Navidad, heroína gobernanta, niños raros, secretos en esa voz baja que siempre acaba oyéndose, la inolvidable escena en las orillas del lago de Bly que aquí presentamos (y que Jack Clayton filmó en un perfecto blanco y negro con guión de Truman Capote), mansión siniestra, amantes muertos empeñados en retornar desde el otro lado y un final que todavía hoy se discute entre escritores como una de las cimas del género en particular y la literatura en general.

Años después de publicada, el fantasma de esta *nouvelle* seguía persiguiendo a James: un novísimo psicólogo de entonces le preguntó sobre el inconsciente de la institutriz y el escritor se sonrojó al ver que "se había encontrado una sustancia real en su cuento atrevido" mientras que el médico de cabecera de James le reprochó la ambigüedad de las últimas páginas que "no explicaban demasiado".

James tosió y le explicó: "En tanto los acontecimientos estén velados, la imaginación se desborda y pinta toda clase de horrores, pero tan pronto se levanta el velo, todo misterio desaparece y con él el sentido del terror".

Así –no habría hoy películas como *Sexto sentido* y *Los otros* sin *Otra vuelta de tuerca*– James postulaba la teoría de aquello que había ya hecho práctica años atrás con la escritura de este pequeño libro inmenso: los fantasmas de los muertos se van a vivir a las mentes de los vivos y los fantasmas de los vivos se van a vivir a las mentes de los muertos.

Y son todos terroríficamente felices.

Y la muerte no los separa.

Otra vuelta de t

Por Henry James

Nos dirigimos resueltamente al lago, como era llamado en Bly, y me atrevo a decir que a justo título, aunque tal vez esa masa de agua fuera menos notable de lo que suponían mis ojos provincianos. Sobre lagos tenía poca experiencia, y el estanque de Bly, en todo caso, me impresionó por lo extenso y agitado las pocas veces que consentí en afrontar su superficie, bajo la protección de mis discípulos, en el viejo bote de fondo chato amarrado a la orilla para nuestro uso. El lugar en que habitualmente nos embarcábamos quedaba a media milla de la casa, pero yo tenía la íntima convicción de que Flora, dondequiera que estuviese, no estaba cerca de la casa. No se había zafado de mí para emprender una insignificante aventura, y desde el día en que participamos juntas de una tan considerable, en la orilla del lago, yo había advertido, durante nuestras caminatas, hacia qué rumbo prefería dirigirse. Por esta razón podía guiar los pasos de la señora Grose en un sentido preciso, la resistencia que opuso al advertirlo me demostró su nuevo desconcierto.

–¿Va usted hacia el estanque, señorita? ¿Cree usted que ella estará *dentro*?

–Quizá, aunque no es muy profundo. Pero lo más probable es que esté en el sitio desde donde vimos juntas, el otro día, lo que le conté.

–¿Cuando ella pretendió no ver...?

–¡Con ese asombroso dominio de sí misma! Siempre pensé que deseaba volver sola al mismo sitio. Y su hermano, ahora, arregló las cosas.

La señora Grose continuaba en el lugar donde se había detenido.

–¿Supone usted, realmente, que los dos hablan de *ellos*?

Pude contestar con certeza:

–Dicen cosas que, si las oyéramos, nos harían, sencillamente, estremecer.

–¿Y si ella *está* allí?

–¿Y bien?

–Entonces..., ¿también está la señorita Jessel?

–Sin duda alguna. Ya lo verá usted.

–¡Oh, muchas gracias! –exclamó mi amiga, plantándose con tanta firmeza que yo, al advertir su actitud, continué mi camino sin esperarla. Sin embargo, cuando llegué al estanque la tuve a mi lado y comprendí que cualquiera que fuese la aprensión del peligro que yo podía correr, el riesgo de exponerse en mi compañía le parecía un peligro menor. Cuando por fin contemplamos gran parte del lago sin ver a la niña, la señora Grose lanzó un suspiro de alivio. No había rastros de Flora en la orilla más próxima –desde donde pude observarla tan asombrosamente ese día– ni tampoco en la orilla opuesta, que –exceptuando una extensión de veinte yardas aproximadamente– estaba cubierta por una espesa maleza que descendía hasta el agua. El estanque, de forma oblonga, tenía tan poca anchura, en comparación con su longitud, que desde ese sitio, en el cual desaparecían sus extremos, se lo hubiera podido tomar por un riacho. Miramos el espacio vacío y yo recibí la sugestión que emanaba de los ojos de mi amiga. Comprendí su pensamiento, pero repliqué moviendo negativamente la cabeza:

–¡No, no, espere usted! Ha tomado el bote.

Mi compañera observó el embarcadero y de nuevo recorrió el lago con la mirada.

–¿Dónde está el bote, entonces?

–Que no lo veamos es la mayor de las pruebas. Lo ha usado para cruzar y luego se las ha arreglado para esconderlo. –¿Ella sola? ¿Esa niñita?

–No está sola, y en esos momentos no es una niñita. Es una mujer vieja, vieja.

Inspeccioné toda la orilla visible mientras la señora Grose realizaba nuevamente, en el extraño elemento que yo ponía a su disposición, uno de sus obedientes sondeos. Después sugerí que el bote podría estar en un pequeño refugio formado por una de las depresiones del lago, una entrada oculta, desde nuestra orilla, por la saliente de la ribera y un grupo de arbustos que crecían junto al agua.

–¡Pero si el bote está allí!, ¿dónde diablos puede estar ella? –me preguntó ansiosamente la señora Grose.

–Eso tenemos que descubrir.

Y empecé a caminar apresuradamente.

–¿Dando toda la vuelta al lago?

–Sí, nos tomará diez minutos. No es muy lejos. Pero es lo bastante lejos para que la niña haya preferido no caminar. Atravesó directamente.

–¡Dios nos asista! –exclamó la señora Grose.



De *Otra vuelta de tuerca* (Siruela). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

La cadena de mi lógica era demasiado fuerte para ella: aún ahora la mantenía pegada a mis talones, y yo continué llevándola a remolque; cuando estuvimos a mitad de camino –expedición tortuosa, fatigosa, sobre un terreno desigual y por una senda obstruida con malezas– me detuve para que tomase aliento. La sostuve con un brazo agradecido, asegurándole que me sería de gran ayuda, y luego partimos nuevamente; al cabo de cinco minutos llegamos a un punto desde el cual descubrimos el bote en el mismo lugar en que yo había supuesto que estaba. Lo habían colocado, intencionadamente, lo más escondido posible, atándolo a uno de los troncos de la empalizada que llegaba al borde del lago y que había permitido desembarcar a su ocupante. Al observar el par de remos, gruesos y cortos, sacados cuidadosamente del agua, aprecié el prodigioso esfuerzo de la pequeña Flora; pero en aquella época hacía demasiado tiempo que yo vivía entre maravillas, y se me ofrecían demasiados motivos de asombro. La empalizada tenía un portón, por el cual pasamos, e inmediatamente después nos encontramos en campo abierto. Las dos, entonces, exclamamos a la vez: "¡Ahí está!".

Flora estaba en el pasto, de pie, a poca distancia de nosotras, y sonreía como si hubiera terminado su hazaña. Su primer movimiento fue agacharse y recoger –como si estuviera ahí con ese único propósito– una larga y fea rama de helecho. Instantáneamente tuve la certeza de que acababa de salir de la espesura. Nos esperó sin avanzar un paso y yo me di cuenta de la rara solemnidad con que nos acercábamos. Flora sonreía y sonreía hasta que nos unimos a ella, y todo esto sucedió en medio del silencio notoriamente ominoso. La señora Grose fue la primera en romper el hechizo: se echó de rodillas y, atrayendo a la niña, apretó en un largo abrazo el tierno y débil cuerpecito. Mientras duró esta muda convulsión yo sólo podía observar, y observaba tanto más cuanto que veía el rostro de Flora vuelto hacia mí por encima del hombro de la señora Grose. Ahora estaba grave –la sonrisa la había abandonado– y ello aumentaba la angustia con que en ese momento envidié a la señora Grose la simplicidad de sus relaciones con la pequeña. Y no sucedió nada más, salvo que Flora dejó caer la tonta rama de helecho que había recogido del suelo. Ella y yo nos habíamos virtualmente dicho que todo pretexto, de ahora en adelante, era inútil entre nosotras. Al fin la señora Grose se levantó tomando a la niña de la mano, de modo que ambas quedaron frente a mí, y la singular reticencia de nuestra comunicación pareció acentuarse por la franca mirada que me dirigió: "Que me ahorquen –decía esa mirada– si consiguen que *hable*".

Flora rompió el silencio, observándome de arriba abajo con ingenuo asombro. Pareció extrañada de verme sin sombrero. Preguntó:

–Pero ¿dónde están sus cosas?

–Donde están las tuyas, querida –contesté rápidamente. Había recobrado su alegría y mi respuesta le pareció suficiente.

–¿Dónde está Miles? –prosiguió.

Otra vuelta de tuerca

La señorita Jessel estaba frente a nosotras, en la orilla opuesta. La primera sensación que despertó en mí su presencia –lo recuerdo extrañamente– fue un estremecimiento de júbilo por la prueba que había logrado obtener.

Por Henry James

Nos dirigimos resueltamente al lago, como era llamado en Bly, y me atrevo a decir que a justo título, aunque tal vez esa masa de agua fuera menos notable de lo que suponían mis ojos provincianos. Sobre lagos tenía poca experiencia, y el estanque de Bly, en todo caso, me impresionó por lo extenso y agitado las pocas veces que consentí en afrontar su superficie, bajo la protección de mis discípulos, en el viejo bote de fondo chato amarrado a la orilla para nuestro uso. El lugar en que habitualmente nos embarcábamos quedaba a media milla de la casa, pero yo tenía la íntima convicción de que Flora, dondequiera que estuviese, no estaba cerca de la casa. No se había zafado de mí para emprender una insignificante aventura, y desde el día en que participamos juntas de una tan considerable, en la orilla del lago, yo había advertido, durante nuestras caminatas, hacia qué rumbo prefería dirigirse. Por esta razón podía guiar los pasos de la señora Grose en un sentido preciso, la resistencia que opuso al advertirlo me demostró su nuevo desconcierto.

–¿Va usted hacia el estanque, señorita? ¿Cree usted que ella estará *dentro*?

–Quizá, aunque no es muy profundo. Pero lo más probable es que esté en el sitio desde donde vimos juntas, el otro día, lo que le conté.

–¿Cuando ella pretendió no ver...?

–¡Con ese asombroso dominio de sí misma! Siempre pensé que deseaba volver sola al mismo sitio. Y su hermano, ahora, arregló las cosas.

La señora Grose continuaba en el lugar donde se había detenido.

–¿Supone usted, realmente, que los dos hablan de *ellos*?

Pude contestar con certeza:

–Dicen cosas que, si las oyéramos, nos harían, sencillamente, estremecer.

–¿Y si ella *está* allí?

–¿Y bien?

–Entonces..., ¿también está la señorita Jessel?

–Sin duda alguna. Ya lo verá usted.

–¡Oh, muchas gracias! –exclamó mi amiga, plantándose con tanta firmeza que yo, al advertir su actitud, continué mi camino sin esperarla. Sin embargo, cuando llegué al estanque la tuve a mi lado y comprendí que cualquiera que fuese la aprensión del peligro que yo podía correr, el riesgo de exponerse en mi compañía le parecía un peligro menor. Cuando por fin contemplamos gran parte del lago sin ver a la niña, la señora Grose lanzó un suspiro de alivio. No había rastros de Flora en la orilla más próxima –desde donde pude observarla tan asombrosamente ese día– ni tampoco en la orilla opuesta, que –exceptuando una extensión de veinte yardas aproximadamente– estaba cubierta por una espesa maleza que descendía hasta el agua. El estanque, de forma oblonga, tenía tan poca anchura, en comparación con su longitud, que desde ese sitio, en el cual desaparecían sus extremos, se lo hubiera podido tomar por un riacho. Miramos el espacio vacío y yo recibí la sugestión que emanaba de los ojos de mi amiga. Comprendí su pensamiento, pero repliqué moviendo negativamente la cabeza:

–¡No, no, espere usted! Ha tomado el bote.

Mi compañera observó el embarcadero y de nuevo recorrió el lago con la mirada.

–¿Dónde está el bote, entonces?

–Que no lo veamos es la mayor de las pruebas. Lo ha usado para cruzar y luego se las ha arreglado para esconderlo. –¿Ella sola? ¿Esa niñita?

–No está sola, y en esos momentos no es una niñita. Es una mujer vieja, vieja.

Inspeccioné toda la orilla visible mientras la señora Grose realizaba nuevamente, en el extraño elemento que yo ponía a su disposición, uno de sus obedientes sondeos. Después sugerí que el bote podría estar en un pequeño refugio formado por una de las depresiones del lago, una entrada oculta, desde nuestra orilla, por la saliente de la ribera y un grupo de arbustos que crecían junto al agua.

–¡Pero si el bote está allí!, ¿dónde diablos puede estar ella? –me preguntó ansiosamente la señora Grose.

–Eso tenemos que descubrir.

Y empecé a caminar apresuradamente.

–¿Dando toda la vuelta al lago?

–Sí, nos tomará diez minutos. No es muy lejos. Pero es lo bastante lejos para que la niña haya preferido no caminar. Atravesó directamente.

–¡Dios nos asista! –exclamó la señora Grose.

De *Otra vuelta de tuerca* (Siruela). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

La cadena de mi lógica era demasiado fuerte para ella: aún ahora la mantenía pegada a mis talones, y yo continué llevándola a remolque; cuando estuvimos a mitad de camino –expedición tortuosa, fatigosa, sobre un terreno desigual y por una senda obstruida con malezas– me detuve para que tomase aliento. La sostuve con un brazo agradecido, asegurándole que me sería de gran ayuda, y luego partimos nuevamente; al cabo de cinco minutos llegamos a un punto desde el cual descubrimos el bote en el mismo lugar en que yo había supuesto que estaba. Lo habían colocado, intencionadamente, lo más escondido posible, atándolo a uno de los troncos de la empalizada que llegaba al borde del lago y que había permitido desembarcar a su ocupante. Al observar el par de remos, gruesos y cortos, sacados cuidadosamente del agua, aprecié el prodigioso esfuerzo de la pequeña Flora; pero en aquella época hacía demasiado tiempo que yo vivía entre maravillas, y se me ofrecían demasiados motivos de asombro. La empalizada tenía un portón, por el cual pasamos, e inmediatamente después nos encontramos en campo abierto. Las dos, entonces, exclamamos a la vez: "¡Ahí está!".

Flora estaba en el pasto, de pie, a poca distancia de nosotras, y sonreía como si hubiera terminado su hazaña. Su primer movimiento fue agacharse y recoger –como si estuviera ahí con ese único propósito– una larga y fea rama de helecho. Instantáneamente tuve la certeza de que acababa de salir de la espesura. Nos esperó sin avanzar un paso y yo me di cuenta de la rara solemnidad con que nos acercábamos. Flora sonreía y sonreía hasta que nos unimos a ella, y todo esto sucedió en medio del silencio notoriamente ominoso. La señora Grose fue la primera en romper el hechizo: se echó de rodillas y, atrayendo a la niña, apretó en un largo abrazo el tierno y débil cuerpecito. Mientras duró esta muda convulsión yo sólo podía observar, y observaba tanto más cuanto que veía el rostro de Flora vuelto hacia mí por encima del hombro de la señora Grose. Ahora estaba grave –la sonrisa la había abandonado– y ello aumentaba la angustia con que en ese momento envidié a la señora Grose la simplicidad de sus relaciones con la pequeña. Y no sucedió nada más, salvo que Flora dejó caer la tonta rama de helecho que había recogido del suelo. Ella y yo nos habíamos virtualmente dicho que todo pretexto, de ahora en adelante, era inútil entre nosotras. Al fin la señora Grose se levantó tomando a la niña de la mano, de modo que ambas quedaron frente a mí, y la singular reticencia de nuestra comunicación pareció acentuarse por la franca mirada que me dirigió: "Que me ahorquen –decía esa mirada– si consiguen que *hable*".

Flora rompió el silencio, observándome de arriba abajo con ingenuo asombro. Pareció extrañada de verme sin sombrero. Preguntó:

–Pero ¿dónde están sus cosas?

–Donde están las tuyas, querida –contesté rápidamente. Había recobrado su alegría y mi respuesta le pareció suficiente.

–¿Dónde está Miles? –prosiguió.

Había algo en su infantil coraje que no pude soportar; esas tres palabras sacudieron en un segundo, comparable al centelleo de una espada que se desnuda, la copa llena hasta los bordes que mi mano sostenía en lo alto desde hacía semanas y semanas, y que ahora, aun antes de haber hablado, sentía desbordar como un diluvio.

–Te lo diré, si tú me dices...

Me oí pronunciar estas palabras; después oí el temblor de mi voz que se rompía.

–¿Y bien?

La ansiedad de la señora Grose me fulminó. Pero era demasiado tarde: yo había planteado temerariamente la cuestión.

–¿Dónde, querida, está la señorita Jessel?

Tal como sucedió con Miles, en el cementerio, la situación no tenía escapatoria. Aunque yo esperaba el efecto que habría de causar ese nombre, nunca pronunciado entre nosotros, el súbito y feroz resplandor que al escucharlo iluminó el rostro de la niña confirió a mi brusca interrupción del silencio un estrépito como de vidrios rotos.

A eso vino a sumarse el grito que la señora Grose, aterrada por mi violencia, interpuso para atenuar el golpe, un chillido de criatura trastornada, o más bien herida, que a la vez, al cabo de pocos segundos, fue completado por el sordo gemido que salió de mi garganta.

–¡Ahí está ella, ahí está ella!

La señorita Jessel estaba frente a nosotras, en la orilla opuesta. La primera sensación que despertó en mí su presencia –lo recuerdo extrañamente– fue un estremecimiento de júbilo por la prueba que había logrado obtener. Ahí estaba ella y yo estaba justificada. Ahí estaba ella, y yo no estaba loca ni pervertida. Ahí estaba ella, para lección de la pobre y temblorosa señora Grose, y, sobre todo, ahí estaba ella ¡para Flora! Ningún momento de ese monstruoso período de mi vida fue, quizá, tan extraordinario como aquel en que le dirigí conscientemente –con la certeza de que, aun siendo un pálido y venenoso demonio, lo recibiría y comprendería– un mensaje inarticulado de gratitud. La señorita Jessel se erguía en el mismo sitio en que mi compañera y yo estuvimos minutos antes, y no había, en todo el largo alcance de su deseo, un átomo de malignidad que no diera en el blanco. Esta primera acuidad de visión y de emoción fue de pocos segundos, durante los cuales el ofuscado parpadeo de la señora Grose, cuyos ojos miraban en la dirección señalada por mí, me pareció la señal innegable de que por fin también ella veía, hasta que desvié precipitadamente la vista hacia el rostro de Flora, y quedé atónita; más atónita, en verdad, que si la hubiera encontrado simplemente agitada, puesto que no iba a esperar de su parte una turbación reveladora: nuestra busca la había preparado y puesto en guardia; como era lógico, iba a reprimir todo sentimiento que la traicionara. Por eso quedé atónita cuando advertí en ella una actitud que yo no había previsto. Que Flora, con su inasible carita rosada, ni siguiera fingiese mirar en dirección al prodigio que yo estaba anunciando, y que, antes bien, se volviera hacia *mí* con una expresión absolutamente nueva y sin precedentes, que parecía leer en mí, y acusarme y juzgarme, era un golpe que en cierto sentido transformaba a la niñita misma en la verdadera presencia que podía hacerme desfallecer. Y desfallecí, a pesar de la certeza de que su visión no había sido nunca más nítida que en ese instante, e hice, en la inmediata necesidad de defenderme, una apasionada invocación a su propio testimonio:

–¡Ahí está ella, pequeña desgraciada, ahí, ahí, *ahí*, y tú la ves como la vemos nosotras!

Poco antes yo había dicho a la señora Grose que en esos momentos Flora no era una niña, sino una vieja, vieja mujer, y nada podía confirmar a tal punto mis palabras como la forma en que, por toda respuesta, sin una concesión, sin una admisión de sus ojos, me mostró sencillamente un semblante cuya reprobación iba en aumento, haciéndose más y más profunda, hasta que de pronto se fijó por completo. Yo estaba entonces –si es posible resumir mis sensaciones– más aterrorizada por lo que podría llamar "su modo" que por nada en el mundo, aunque simultáneamente advirtiera que también debía luchar con otro obstáculo formidable: la señora Grose. De cualquier manera, mi vieja compañera borraba un momento después todo aquello que no fuera su propia cara inflamada y su ruidosa, escandalizada protesta, con un estilo de violenta desaprobación.

–¡Qué propensión horrible, señorita! ¿Dónde ve usted la menor cosa?

Sólo pude asirla rápidamente, porque, mientras hablaba, la odiosa y vil presencia continuaba nítida e impávida. La aparición había durado un minuto y duraba aún mientras yo persistía –presionando a mi colega empujándola hacia ella, presentándosela a ella– en señalarla con el dedo:

–¿No la ve usted como *nosotras* la vemos? ¿Quiere usted decir que no la ve ...*ahora*? ¡Pero si refulge como una llamarada! ¡Pero mire usted, buena mujer, *mire*!

Ella miraba como miraba yo misma; con un profundo gemido que expresaba negación, repulsión, compasión, una mezcla de piedad hacia mí y de alivio por su feliz ceguera, me dio la impresión –que todavía me conmueve– de que me habría sostenido si le hubiera sido posible. De mucho me habría valido ese sostén, porque, con el rudo golpe que tuve al comprender que sus ojos estaban cerrados sin esperanza, sentía derrumbarse espantosamente mi propia situación, sentía –*veía*– a mi lívida antecesora desde su posición inexpugnable precipitar mi derrota, y me daba cuenta, por encima de todo, del peligro que tendría que afrontar ante la pasmosa actitud de la pequeña Flora. Cuando a través del sentimiento de mi ruina se abría paso el de mi prodigioso triunfo personal, la señora Grose adoptaba de manera instantánea y violenta la misma actitud de Flora, esparciéndose en un torrente de palabras entrecortadas y tranquilizadoras.

–No está ahí, querida niñita, nadie está ahí, y usted nada ve, querida. ¿Cómo podría estar ahí la pobre señorita Jessel... si la pobre señorita Jessel está muerta y enterrada? Lo *sabemos*, ¿no es así, amor mío?

Y hacía una suplicante invocación a la niña misma:

Todo es un error y un tormento absurdo y una broma... y nos volveremos a casa lo más pronto posible.

La niña, al oírla, había accedido con una extraña y petulante sequedad, imbuida de convencionalismo, y allí estaban las dos, dispuestas a irse, unidas contra mí por una oposición escandalizada. Flora continuaba mirándome con su pequeña máscara de reprobación, y todavía en ese minuto pedí perdón al cielo por parecerme que, mientras se sujetaba fuertemente al vestido de nuestra amiga, su incomparable belleza infantil se había súbitamente marchitado hasta desaparecer. Sí, no temo decirlo; estaba literalmente odiosa, cruel. Se había vuelto ordinaria y casi horrible.

–No comprendo lo que quiere decirme –exclamó–. No veo a nadie. No veo nada. Nunca *he visto*. Y pienso que usted es perversa. ¡No la quiero!

Y al cabo de su desahogo, digno de una vulgar e impertinente pilluela de la calle, se apretó con más fuerza a la señora Grose y hundió en las faldas su atroz carita. Desde esta posición estalló en un lamento casi furioso:

–¡Lléveme lejos, lléveme lejos! ¡Oh, lléveme lejos de *ella*!

–¿De mí? –pregunté jadeante.

–¡De usted, de usted!

La misma señora Grose me miró desconcertada y yo no tuve otro recurso que comunicarme nuevamente con la figura que, desde la otra orilla, sin un movimiento, rígidamente atenta, como si oyera nuestras voces a través del espacio que nos separaba, proseguía tan vívidamente allí para mi desastre como dejaba de estarlo para mi servicio. La miserable niña había hablado exactamente como si tomara de una fuente extranjera cada una de sus aceradas palabras. En la desesperación absoluta de todo lo que necesitaba aceptar, me limité a mover tristemente la cabeza.

–Si alguna vez –dije– he dudado, ya no me cabe la menor duda. He vivido mucho tiempo con esta amarga verdad y ahora no puedo resistirla. Sí, claro está, te he perdido. He querido intervenir y tú has encontrado bajo su dirección –y de nuevo afronté, a través del estanque, a nuestro infernal testimonio– el medio fácil y perfecto de impedirlo. Hice todo lo que podía, pero te he perdido. Adiós.

Y dirigí al ama de llaves un imperativo, casi enloquecido: "¡Váyase, váyase!", ante el cual, profundamente desesperada, pero tomando silenciosa posesión de la niñita y claramente convencida, a pesar de su ceguera, de que algo horrible acababa de ocurrirnos y de la catástrofe en que estábamos sumidas, se retiró lo más pronto que pudo por el camino que habíamos tomado para llegar.

No recuerdo lo que sucedió al principio, cuando me dejaron sola. Únicamente sé que al cabo de quince minutos –supongo– una fragante y húmeda dureza, penetrando y estremeciendo de frío mi pena, me hizo comprender que debí de haberme abandonado, el rostro contra el suelo, al salvaje extravío de la desesperación. Debí de haber continuado echada sobre la tierra mucho tiempo, gritando y sollozando, pues cuando alcé la cabeza el día estaba próximo a su fin. Me levanté y miré un instante, en el crepúsculo, el estanque gris y sus confusas orillas hechizadas; luego emprendí el triste y penoso camino de vuelta. Al llegar al portón de la empalizada, descubrí con asombro que el bote no estaba ahí, lo que me hizo pensar nuevamente en la extraordinaria presencia de ánimo de Flora. Mi pupila pasó la noche en el más tácito –y agregaría, si el epíteto no introdujera una falsa nota a tal punto grotesca– y feliz acuerdo con la señora Grose. Al regresar a la casa no vi a una ni a otra, pero en cambio, por una ambigua compensación, vi a Miles prolongadamente. Lo vi –no puedo usar otra frase– más de lo que en total lo había visto hasta entonces. Ninguna tarde pasada en Bly tuvo la portentosa cualidad de esa tarde. Pese a ello –y pese, también, al profundo abismo de consternación que acababa de abrirse bajo mis pies–, hubo en la tarde menguante una tristeza extraordinariamente dulce. Al llegar a la casa yo no había preguntado por el niño: había subido directamente a mi aposento para cambiarme de ropa y verificar de una mirada, sin quererlo, más de un testimonio material de mi ruptura con Flora; habían mudado de cuarto todos los pequeños objetos que le pertenecían. Después, cuando la criada de costumbre me sirvió el té junto al fuego del cuarto de estudio, me permití no hacer ninguna averiguación sobre mi otro discípulo. Había obtenido su libertad. ¡Que usara de ella como quisiera! Usó de ella, en efecto, pero fue en parte, al menos, para presentarse alrededor de las ocho y sentarse silenciosamente a mi lado. Cuando levantaron las cosas del té, apagué los candelabros y aproximé mi sillón a la chimenea, me penetraba un frío mortal y me parecía que nunca entraría nuevamente en calor. Por eso Miles, al parecer, me encontró junto al rescoldo, entregada a mis pensamientos. Él se detuvo a mirarme en el vano de la puerta; luego –como deseoso de compartirlos– se aproximó al otro ángulo de la chimenea y se hundió en un sillón. Así estuvimos sentados en absoluta quietud. Sin embargo, yo sentía que deseaba estar conmigo.

Debí de haber continuado echada sobre la tierra mucho tiempo, gritando y sollozando, pues cuando alcé la cabeza el día estaba próximo a su fin.

uerca

La señorita Jessel estaba frente a nosotras, en la orilla opuesta. La primera sensación que despertó en mí su presencia –lo recuerdo extrañamente– fue un estremecimiento de júbilo por la prueba que había logrado obtener.

Había algo en su infantil coraje que no pude soportar; esas tres palabras sacudieron en un segundo, comparable al centelleo de una espada que se desnuda, la copa llena hasta los bordes que mi mano sostenía en lo alto desde hacía semanas y semanas, y que ahora, aun antes de haber hablado, sentía desbordar como un diluvio.

–Te lo diré, si tú me dices...

Me oí pronunciar estas palabras; después oí el temblor de mi voz que se rompía.

–¿Y bien?

La ansiedad de la señora Grose me fulminó. Pero era demasiado tarde: yo había planteado temerariamente la cuestión.

–¿Dónde, querida, está la señorita Jessel?

Tal como sucedió con Miles, en el cementerio, la situación no tenía escapatoria. Aunque yo esperaba el efecto que habría de causar ese nombre, nunca pronunciado entre nosotros, el súbito y feroz resplandor que al escucharlo iluminó el rostro de la niña confirió a mi brusca interrupción del silencio un estrépito como de vidrios rotos.

A eso vino a sumarse el grito que la señora Grose, aterrada por mi violencia, interpuso para atenuar el golpe, un chillido de criatura trastornada, o más bien herida, que a la vez, al cabo de pocos segundos, fue completado por el sordo gemido que salió de mi garganta.

–¡Ahí está ella, ahí está ella!

La señorita Jessel estaba frente a nosotras, en la orilla opuesta. La primera sensación que despertó en mí su presencia –lo recuerdo extrañamente– fue un estremecimiento de júbilo por la prueba que había logrado obtener. Ahí estaba ella y yo estaba justificada. Ahí estaba ella, y yo no estaba loca ni pervertida. Ahí estaba ella, para lección de la pobre y temblorosa señora Grose, y, sobre todo, ahí estaba ella ¡para Flora! Ningún momento de ese monstruoso período de mi vida fue, quizá, tan extraordinario como aquel en que le dirigí conscientemente –con la certeza de que, aun siendo un pálido y venenoso demonio, lo recibiría y comprendería– un mensaje inarticulado de gratitud. La señorita Jessel se erguía en el mismo sitio en que mi compañera y yo estuvimos minutos antes, y no había, en todo el largo alcance de su deseo, un átomo de malignidad que no diera en el blanco. Esta primera acuidad de visión y de emoción fue de pocos segundos, durante los cuales el ofuscado parpadeo de la señora Grose, cuyos ojos miraban en la dirección señalada por mí, me pareció la señal innegable de que por fin también ella veía, hasta que desvié precipitadamente la vista hacia el rostro de Flora, y quedé atónita; más atónita, en verdad, que si la hubiera encontrado simplemente agitada, puesto que no iba a esperar de su parte una turbación reveladora: nuestra busca la había preparado y puesto en guardia; como era lógico, iba a reprimir todo sentimiento que la traicionara. Por eso quedé atónita cuando advertí en ella una actitud que yo no había previsto. Que Flora, con su inasible carita rosada, ni siquiera fingiese mirar en dirección al prodigio que yo estaba anunciando, y que, antes bien, se volviera hacia *mí* con una expresión absolutamente nueva y sin precedentes, que parecía leer en mí, y acusarme y juzgarme, era un golpe que en cierto sentido transformaba a la niñita misma en la verdadera presencia que podía hacerme desfallecer. Y desfallecí, a pesar de la certeza de que su visión no había sido nunca más nítida que en ese instante, e hice, en la inmediata necesidad de defenderme, una apasionada invocación a su propio testimonio:

Debí de haber continuado echada sobre la tierra mucho tiempo, gritando y sollozando, pues cuando alcé la cabeza el día estaba próximo a su fin.

–¡Ahí está ella, pequeña desgraciada, ahí, ahí, *ahí*, y tú la ves como la vemos nosotras!

Poco antes yo había dicho a la señora Grose que en esos momentos Flora no era una niña, sino una vieja, vieja mujer, y nada podía confirmar a tal punto mis palabras como la forma en que, por toda respuesta, sin una concesión, sin una admisión de sus ojos, me mostró sencillamente un semblante cuya reprobación iba en aumento, haciéndose más y más profunda, hasta que de pronto se fijó por completo. Yo estaba entonces –si es posible resumir mis sensaciones– más aterrorizada por lo que podría llamar "su modo" que por nada en el mundo, aunque simultáneamente advirtiera que también debía luchar con otro obstáculo formidable: la señora Grose. De cualquier manera, mi vieja compañera borraba un momento después todo aquello que no fuera su propia cara inflamada y su ruidosa, escandalizada protesta, con un estilo de violenta desaprobación.

–¡Qué propensión horrible, señorita! ¿Dónde ve usted la menor cosa?

Sólo pude asirla rápidamente, porque, mientras hablaba, la odiosa y vil presencia continuaba nítida e impávida. La aparición había durado un minuto y duraba aún mientras yo persistía –presionando a mi colega empujándola hacia ella, presentándosela a ella– en señalarla con el dedo:

–¿No la ve usted como *nosotras* la vemos? ¿Quiere usted decir que no la ve ...*ahora*? ¡Pero si refulge como una llamarada! ¡Pero mire usted, buena mujer, *mire*!

Ella miraba como miraba yo misma; con un profundo gemido que expresaba negación, repulsión, compasión, una mezcla de piedad hacia mí y de alivio por su feliz ceguera, me dio la impresión –que todavía me conmueve– de que me habría sostenido si le hubiera sido posible. De mucho me habría valido este sostén, porque, con el rudo golpe que tuve al comprender que sus ojos estaban cerrados sin esperanza, sentía derrumbarse espantosamente mi propia situación, sentía –*veía*– a mi lívida antecesora desde su posición inexpugnable precipitar mi derrota, y me daba cuenta, por encima de todo, del peligro que tendría que afrontar ante la pasmosa actitud de la pequeña Flora. Cuando a través del sentimiento de mi ruina se abría paso el de mi prodigioso triunfo personal, la señora Grose adoptaba de manera instantánea y violenta la misma actitud de Flora, esparciéndose en un torrente de palabras entrecortadas y tranquilizadoras.

–No está ahí, querida niñita, nadie está ahí, y usted nada ve, querida. ¿Cómo podría estar ahí la pobre señorita Jessel... si la pobre señorita Jessel está muerta y enterrada? Lo *sabemos*, ¿no es así, amor mío?

Y hacía una suplicante invocación a la niña misma:

Todo es un error y un tormento absurdo y una broma... y nos volveremos a casa lo más pronto posible.

La niña, al oírla, había accedido con una extraña y petulante sequedad, imbuida de convencionalismo, y allí estaban las dos, dispuestas a irse, unidas contra mí por una oposición escandalizada. Flora continuaba mirándome con su pequeña máscara de reprobación, y todavía en ese minuto pedí perdón al cielo por parecerme que, mientras se sujetaba fuertemente al vestido de nuestra amiga, su incomparable belleza infantil se había súbitamente marchitado hasta desaparecer. Sí, no temo decirlo; estaba literalmente odiosa, cruel. Se había vuelto ordinaria y casi horrible.

–No comprendo lo que quiere decirme –exclamó–. No veo a nadie. No veo nada. Nunca *he visto*. Y pienso que usted es perversa. ¡No la quiero!

Y al cabo de su desahogo, digno de una vulgar e impertinente pilluela de la calle, se apretó con más fuerza a la señora Grose y hundió en las faldas su atroz carita. Desde esta posición estalló en un lamento casi furioso:

–¡Lléveme lejos, lléveme lejos! ¡Oh, lléveme lejos de *ella*!

–¿De mí? –pregunté jadeante.

–¡De usted, de usted!

La misma señora Grose me miró desconcertada y yo no tuve otro recurso que comunicarme nuevamente con la figura que, desde la otra orilla, sin un movimiento, rígidamente atenta, como si oyera nuestras voces a través del espacio que nos separaba, proseguía tan vívidamente allí para mi desastre como dejaba de estarlo para mi servicio. La miserable niña había hablado exactamente como si tomara de una fuente extranjera cada una de sus aceradas palabras. En la desesperación absoluta de todo lo que necesitaba aceptar, me limité a mover tristemente la cabeza.

–Si alguna vez –dije– he dudado, ya no me cabe la menor duda. He vivido mucho tiempo con esta amarga verdad y ahora no puedo resistirla. Sí, claro está, te he perdido. He querido intervenir y tú has encontrado bajo su dirección –y de nuevo afronté, a través del estanque, a nuestro infernal testimonio– el medio fácil y perfecto de impedirlo. Hice todo lo que podía, pero te he perdido. Adiós.

Y dirigí al ama de llaves un imperativo, casi enloquecido: "¡Váyase, váyase!", ante el cual, profundamente desesperada, pero tomando silenciosa posesión de la niñita y claramente convencida, a pesar de su ceguera, de que algo horrible acababa de ocurrirnos y de la catástrofe en que estábamos sumidas, se retiró lo más pronto que pudo por el camino que habíamos tomado para llegar.

No recuerdo lo que sucedió al principio, cuando me dejaron sola. Unicamente sé que al cabo de quince minutos –supongo– una fragante y húmeda dureza, penetrando y estremeciendo de frío mi pena, me hizo comprender que debí de haberme abandonado, el rostro contra el suelo, al salvaje extravío de la desesperación. Debí de haber continuado echada sobre la tierra mucho tiempo, gritando y sollozando, pues cuando alcé la cabeza el día estaba próximo a su fin. Me levanté y miré un instante, en el crepúsculo, el estanque gris y sus confusas orillas hechizadas; luego emprendí el triste y penoso camino de vuelta. Al llegar al portón de la empalizada, descubrí con asombro que el bote no estaba ahí, lo que me hizo pensar nuevamente en la extraordinaria presencia de ánimo de Flora. Mi pupila pasó la noche en el más tácito –y agregaría, si el epíteto no introdujera una falsa nota a tal punto grotesca– y feliz acuerdo con la señora Grose. Al regresar a la casa no vi a una ni a otra, pero en cambio, por una ambigua compensación, vi a Miles prolongadamente. Lo vi –no puedo usar otra frase– más de lo que en total lo había visto hasta entonces. Ninguna tarde pasada en Bly tuvo la portentosa cualidad de esa tarde. Pese a ello –y pese, también, al profundo abismo de consternación que acababa de abrirse bajo mis pies–, hubo en la tarde menguante una tristeza extraordinariamente dulce. Al llegar a la casa yo no había preguntado por el niño: había subido directamente a mi aposento para cambiarme de ropa y verificar de una mirada, sin quererlo, más de un testimonio material de mi ruptura con Flora; habían mudado de cuarto todos los pequeños objetos que le pertenecían. Después, cuando la criada de costumbre me sirvió el té junto al fuego del cuarto de estudio, me permití no hacer ninguna averiguación sobre mi otro discípulo. Había obtenido su libertad. ¡Que usara de ella como quisiera! Usó de ella, en efecto, pero fue en parte, al menos, para presentarse alrededor de las ocho y sentarse silenciosamente a mi lado. Cuando levantaron las cosas del té, apagué los candelabros y aproximé mi sillón a la chimenea, me penetraba un frío mortal y me parecía que nunca entraría nuevamente en calor. Por eso Miles, al parecer, me encontró junto al rescoldo, entregada a mis pensamientos. El se detuvo a mirarme en el vano de la puerta; luego –como deseoso de compartirlos– se aproximó al otro ángulo de la chimenea y se hundió en un sillón. Así estuvimos sentados en absoluta quietud. Sin embargo, yo sentía que deseaba estar conmigo.

c o r r e s p o n d e n c i a s

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Personajes históricos en el cine

1. Danton — A. Anthony Hopkins
2. Cleopatra — B. Elizabeth Taylor
3. Juana de Arco — C. Gérard Députardieu
4. Richard Nixon — D. Ingrid Bergman

Obras literarias censuradas

1. "La letra escarlata" — A. Gustave Flaubert
2. "Madame Bovary" — B. Nathaniel Hawthorne
3. "La profesión de..." — C. George Bernard Shaw
4. "El amante de Lady..." — D. D. H. Lawrence

Astronautas y sus naves

1. John Glenn — A. Friendship 7
2. Neil Armstrong — B. Vostok 1
3. Yuri Gagarin — C. Apolo 13
4. James Lovell — D. Apolo 11

Hipo...

1. Hipoglucemia — A. Comer carne de caballo
2. Hipotermia — B. Nutrición insuficiente
3. Hipofagia — C. Disminución de temperatura
4. Hipotrofia — D. Disminución de azúcar

e s c a l e r a

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

MIMAR
BESAR

TIZA
YESO

c r u c i - c l i p

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Definiciones: PONER CARNE AL FUEGO; GLOBO DIRIGIBLE ALEMÁN; SUSTANCIA PRESENTE EN LA ORINA; FIDELIDAD; NADERÍA, BAGATELA; RÍO DE ALEMANIA; (HONORÉ DE) NOVELISTA FRANCÉS; CONCEPTO, NOCIÓN; COLOR PRIMARIO; INGERÍ UN LÍQUIDO; CALMA, PAZ INTERIOR; (SE) BAJA DEL CABALLO; VIGILE, CUIDE; PERTENECIENTE AL REY; PONE PROA AL VIENTO; GENEROSO, DESPRENDIDO; QUE NACE; OBJETIVO, FINALIDAD; DE UNA REGIÓN; MUY TRABAJOSAS; PAÍS NÓRDICO; PATO, AVE PALMÍPEDA; BAÑADO DE LUZ; (LUIS) CICLISTA ESPAÑOL; PUROS, SIMPLES; TRASLADAS ALGO HASTA AQUÍ; COPIA, FALSIFICACIÓN; FORMA ANTIGUA DE "VER"; ORATE, DEMENTE; ADORNA; MEDIDAS DE LONGITUD; SUBTERRÁNEA; TE ATREVAS; ONDAS MARINAS.

c r u c i g r a m a

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2		■								■	
3						■					
4		■								■	
5				■				■			
6	■		■						■		■
7						■					
8					■		■				
9				■				■			
10		■								■	
11						■					

AYUDAS: JLL, KIN, NOT

HORIZONTALES

1. Aspirar el humo del cigarrillo./ Tirar, halar.
2. Aromático, odorífero.
3. Altura./ Salitre.
4. Imantado.
5. Interpreto lo escrito./ (There is ...) En inglés, no hay./ Sur-suroeste.
6. Modelo, prototipo.
7. Organo de la gestación en la mujer./ (Kim) Actriz norteamericana.
8. Se quema./ Acierto.
9. Emperador ruso./ Líneas Aéreas Holandesas./ Viuda.
10. Alcaloide artificial para teñir.
11. Emperador incendiario romano./ Punzón de los zapateros.

VERTICALES

1. Fin, término./ Ciudad del norte de Marruecos.
2. Extraordinario.
3. Puso en movimiento./ Dar segunda cava a las viñas.
4. (Leandro N.) Político argentino./ Acudiré./ Negación.
5. Dando vueltas en redondo./ Dinastía china.
6. Patriarca hebreo, constructor del arca./ Iniciales del músico de rock Lee Lewis.
7. Hijo de Saúl y amigo de David./ Un millar.
8. Tomad, agarrad./ Patriarca bíblico, cuya mujer se convirtió en estatua de sal./ Noreste.
9. Planta acuática (pl)./ Ingenioso.
10. En inglés, sitio en una feria reservado al que expone.
11. (Mirar de) Mirar disimuladamente hacia un lado./ Pequeño mamífero marsupial.

s o l u c i o n e s



c o r r e s p o n d e n c i a s

Personajes históricos en el cine: 1-C, 2-B, 3-D, 4-A. **Obras literarias censuradas:** 1-B, 2-A, 3-C, 4-D. **Astronautas y sus naves:** 1-A, 2-D, 3-B, 4-C. **Hipo...** 1-D, 2-C, 3-A, 4-B.

e s c a l e r a

A. Mimar, limar, ligar, legar, cegar cesar, besar. **B.** Tiza, tiña, piña, pisa pesa, peso, yeso.

c r u c i - c l i p

A	Z	U	L	■	B	E	B	I
S	E	R	E	N	I	D	A	D
A	P	E	A	■	C	E	L	E
R	E	A	L	■	O	R	Z	A
■	L	■	T	■	C	■	A	■
D	I	N	A	M	A	R	C	A
A	N	A	D	E	■	E	■	F
D	■	C	■	T	■	G	■	A
I	M	I	T	A	C	I	O	N
V	E	E	R	■	L	O	C	O
O	R	N	A	■	A	N	A	S
S	O	T	E	R	R	A	Ñ	A
O	S	E	S	■	O	L	A	S

c r u c i g r a m a

F	U	M	A	R	■	J	A	L	A	R
I	■	O	L	O	R	O	S	O	■	E
N	I	V	E	L	■	N	I	T	R	O
A	■	I	M	A	N	A	D	O	■	J
L	E	O	■	N	O	T	■	S	S	O
■	X	■	I	D	E	A	L	■	T	■
U	T	E	R	O	■	N	O	V	A	K
A	R	D	E	■	J	■	T	I	N	O
Z	A	R	■	K	L	M	■	V	D	A
A	■	A	N	I	L	I	N	A	■	L
N	E	R	O	N	■	L	E	Z	N	A